



**Jean COCTEAU, Francia, 1962**

Poeta, novelista, dramaturgo, diseñador, autor de libretos y director de cine francés (1889-1963). Estuvo asociado con el movimiento surrealista y su obra ejerció gran influencia en la de otros muchos escritores. Introdutor del surrealismo en el cine francés, sus películas son consideradas clásicos del cine moderno.

“Por gracia del privilegio teatral, se da esa paradoja de que la historia –que se deforma a la larga- y el mito – que a la larga se fortalece-, se encuentran su verdadera realidad sobre las tablas.

Sin duda, sería ventajoso que un faquir viniera a hipnotizar a toda una sala de teatro para convencerla de que ha estado ante un espectáculo sublime; pero desgraciadamente ese faquir no existe y no corresponde al dramaturgo provocar, con sus modestos medios, esa hipnosis colectiva y hacer que los hombre compartan su ensoñación, porque el sueño y los sueños ponen una especie de genio al alcance de todos los bolsillos. El teatro, imitando ese fenómeno, reclama del público una disponibilidad casi infantil, porque el mejor público es, aún hoy, el público de las marionetas y el nuestro sería de esa categoría si llega a perder su orgullosa resistencia y se pusiera en la situación de gritar, por ejemplo, a Edipo: “¡No te cases con Yocasta! ¡Es tu madre!”

Sin ir tan lejos, el fenómeno se produce de algún modo, y así ocurre que un conjunto de espectadores se des individualiza en beneficio de un pensamiento extraño que es adoptado y con el que se colabora. Tal conjunto se convierte en una sola persona de alma casi niña; es una persona que deja sus creencias en el guardarropa y renuncia a recogerlas a la salida.

La verdadera admiración nos surge por el encuentro de ideas comunes. La verdadera admiración reside en compartir ideas que no son nuestras, hasta el punto de hacernos a la idea de que podemos ser sus autores.

Es pues, en suma, una forma de amor; ya que, en el amor, los antagonismos celebran su casamiento. El papel del teatro viene a ser, precisamente, un ejemplo de esa ósmosis y el gran intérprete es ese artista que da la impresión de estar improvisado, inventando el texto: improvisando e inventando algo distinto para cada uno.

Hasta Francia tan reacia a abandonar el sueño, tan resistente, a fuerza de individualismo, al fenómeno de hipnosis del espectáculo, viene a probar, en el Teatro de las Naciones, su hambre y su sed de distraerse sin la menor frivolidad.

Compañías de primer orden traen a él las obras maestras de su idioma y, sólo por la intensidad de la actuación, consiguen encantar, con su repertorio, a públicos que uno creía incapaces de olvidar su propia lengua y sus propias intrigas para interesarse en la de los demás.

La Jornada Mundial del Teatro señalará el acontecimiento de estas bodas profundas, en las que lo singular y lo plural, lo objetivo y lo subjetivo, lo consciente y lo inconsciente, presentan los prestigiosos monstruos que de tales bodas resultan.

Son muchas las cordiales que nacen del alejamiento de los espíritus y de ese muro de las lenguas que el vasto aparato teatral se propone atravesar.

Los pueblos, gracia a las Jornadas Mundiales de Teatro, tomarán con ciencia, al fin, de sus riquezas y colaborarán en una alta empresa de paz.

Decía Nietzsche: "Las ideas que cambian la faz del mundo vienen como en patas de paloma". Y puede que sea este medio, tan frecuentemente ilimitado al simple pretexto de gusta, el que dote a la juventud de una Sorbona brillante y viva, de diálogos en carne y hueso, mientras que las fatigas del estudio hacían perder a las obras maestras su violencia original y las debilitan.

Yo añado: dicen que la máquina ha asentado el golpe de gracia al teatro. No me lo creo, y, puesto que el Instituto Internacional de Teatro me encarga que tome la palabra en su nombre, declaro, como antes se hacia para los reyes, y variando un poco la fórmula: "¡Si el teatro ha muerto, viva el teatro!"

Traducción de Alfonso Sastre